

## Los inquisidores de Barcelona

El caso del obrero desollado vivo en el Patronato antituberculoso de Barcelona, no es un hecho aislado, anormal y extraño; es síntoma revelador del sistema de propaganda catequística que emplea la Iglesia católica y todos sus adeptos.

El espíritu evangélico de Cristo, sus teorías del perdón y la caridad, fueron bien pronto abandonadas por el impulso bélico de San Pablo, el emotivo, que predicó que a los que se hallasen fuera de la comunión cristiana se les obligase a entrar.

En esa frase, más de guerrero que de apóstol, está sintetizado el ideal católico. Hay que convertir a la fuerza, hay que redimir con la violencia, hay que salvar almas, aun derramando sangre de los cuerpos. Así piensan todos los católicos, desde el más ignorante hasta el más sabio, desde la vieja fanática de Alcaide montañesa, hasta la dama romántica y sentimental de la gran ciudad.

La idea de la autoridad dogmática, infalible e inapelable, es católica y conservadora. Todo católico, sacerdote o seglar, lleva dentro un inquisidor. Maura, sin los obstáculos de la Constitución y los tiempos modernos, resucitaría los quemaderos. Silveira, espíritu fino y cultivado, sostuvo en plena sesión de Cortes la peregrina política del muser; Cánovas hizo la vista gorda ante las torturas de Montjuich; Lacerda es un tipo de inquisidor degenerado, que manchó a todo su partido de sangre. Todos son iguales. El guardia que da de puntapiés a un golfo, el gobernador que ordena cargar contra una multitud indefensa, el guardia de cárceles que martiriza a los presos, las monjas que vapulean a las niñas, los frailes que mamporlean a sus discípulos, los médicos que borran tatuajes quitando la piel, los gobernantes que encarcelan por delitos de opinión: todos están infundidos por el espíritu inquisitorial de la Iglesia católica, que no respetó jamás la dignidad de las personas ni la inviolabilidad de los cuerpos.

En España reina la inquisición en todos los órdenes de la vida. En la escuela se dijo: «la letra, con sangre entra», y desde el azote al niño hasta el vergajazo al hombre, se pasa en España por toda la serie de actos inquisitoriales, atenuados, pero no por eso menos bochornosos y denigrantes.

En el caso de Barcelona, todo pierde importancia ante este hecho que se nos olvidó reseñar en nuestro artículo de ayer.

El Patronato antituberculoso celebra una sesión solemne, a la que asisten las autoridades de Barcelona. El secretario lee la Memoria de la sociedad, en que se da cuenta de la hazaña salvaje realizada con el infeliz obrero, a quien se le arrancó la piel para borrar de su brazo la inscripción revolucionaria o anarquista, y cuando llega su turno oratorio al gobernador de la provincia, Sr. Ossorio y Gallardo, dice en su discurso:

«...Ciertamente puede mucho el auxilio del legislador; pero la higiene social no se consigue sino con pruebas de abnegación y desprendimiento como las que tantas veces tiene dadas este Patronato. Hay que propagar estas ideas, castigar muchos prejuicios y atacar muchos egoísmos. Como el anarquista tatuado de que os hablaba, el Sr. Vidal y Rivas, es forzoso que la sociedad se deje entarazar muchos tatuajes y arrancar muchos trozos de piel.»

Una autoridad, un gobernador que confirma la denuncia del doctor Queraltó, alabando y ensalzando como una acción meritoria y digna de aplauso!

Lo que el Sr. Ossorio, conservador y católico, encontró bien hecho, ha llenado de indignación a la prensa madrileña.

«El Liberal» de esta mañana dice, comentando nuestro artículo de ayer:

«Si ello ha sucedido así—y luego se lamentarán algunos pios barceloneses de que haya semanas rojas, en nombre de la ciencia, de la Humanidad y, sobre todo, de España, es preciso sentar de firme la mano a esos vulgares y antipáticos delincuentes.»

No ha sido el pellejo del infeliz obrero; ha sido el de la aterrorizada nación, el que, en presencia del mundo, han arrancado.

Dementes o fanáticos, los que tal han hecho, merecen ejemplar castigo. Sépase, a lo menos, que forman una excepción en este país relativamente culto.

Por lo pronto, y sin perjuicio de la sanción que a sus directores y miembros correspondía, se debe disolver ese Patronato.

Es peor y está más fuera de la ley y de la Humanidad que todas las Asociaciones a quienes ahora se trata de meter en cintura.

He aquí los dos criterios puestos enfrente: el de los hombres que creen que desollar a un anarquista es un baldón para la humanidad y una vergüenza para España, y el de los que creen que es acto digno de loarse en público, de imprimirse en documentos oficiales y de sancionarlo en nombre de la autoridad.

Es la misma cuestión planteada por Gabriel Maura que, enfrente del universo civilizado, que protestó contra el fusilamiento de Ferrer, lo estimó como un título de gloria para el partido conservador.



El Corazón de Jesús entrevistado.  
Los periodistas no dejan tranquilo a nadie. Los políticos, los actores, los cómicos, los reos de muerte y las actrices han sido preguntados por los periodistas acerca del color que prefieren, sus gustos literarios, las obras que representaron, los niños que degollaron y los novios que tuvieron. En las hojas impresas hemos leído las declaraciones de Sagasta y lo que dijo el «Chato del Escorial».

Ayer publicaba «El Siglo Futuro» una entrevista con Jesucristo. Un redactor de dicho periódico habló con El 14 de mayo de 1733, y no dice cuándo, otra redactora, doña María de Alacocque, celebró otra entrevista con Jesús.

Hablando con el hermano Bernardo de Hoyos el 14 de mayo, le dijo: «Reinaré en España con más veneración que en otras partes.» Estas declaraciones son propias de un optimista y no de Cristo, que tantos desengaños sufrió en su paso por la tierra. Cristo, siendo hombre, fué muy desgraciado, y El mismo decía a su madre: «Yo, que fui el más bueno de los hombres, no pude ser amado más que por la Magdalena.»

Y María Magdalena, ante aquella frase poco galante, contestó con otra muy literaria: «Tened en cuenta, maestro, que en los milenarios es donde más hermoso nos parece el perfume de la rosa.»

Pero si con D. Bernardo de Hoyos, que debió ser antecesor del actual marqués de Hoyos y Vinate, fué Cristo tan lacónico y tan optimista, con María de Alacocque hizo declaraciones sentimentales. Esto no es extraño. Con las mujeres nos sentimos propensos a las confesiones. Las mujeres tienen su cuarto de hora para abrir su corazón al hombre, y los hombres tenemos toda la vida para las confidencias con las mujeres.

«Ves aquí mi corazón—le dijo—, aquel corazón tan abrasado en amor de los hombres, que no omitió cosa alguna para declararles su infinito amor, hasta agotar y consumir todas sus fuerzas y vitales espíritus. Pero la mayor parte, no sólo no se muestran agradecidos, sino que me desprecian y me hieren en este misterio de amor con injurias y afrentas.»

Las palabras de Cristo no son muy literarias, pero hay que tener en cuenta que al hablar con una mujer nadie se acuerda de la retórica. La retórica se queda para las cartas de amor.

Pero observo que, entre lo dicho por Cristo al Sr. Hoyos y las declaraciones sentimentales a la señorita Alacocque, hay una contradicción que no se explica en un hombre infatigable.

Cualquier mediano político tiene gran cuidado en decir siempre lo mismo, aun cuando sea una tontería. Cristo se muestra primero optimista y luego pesimista. Sin duda Cristo no pertenecía a ninguna escuela filosófica. Jesús se mostró enérgico con los hombres y dulce y dócil con las mujeres. A éstas les pedía el bálsamo de su amor, como hace cualquier mortal.

Javier Bueno.

## UN CONDENADO A MUERTE

POR TELEGRAMA

(De nuestro servicio especial.)  
GUADALAJARA, 4. Ayer se celebró un juicio por jurados para fallar la causa seguida contra Julián Gil Pino, Eusebio Centeno y un hijo de éste, llamado Julián.

Se les acusa de haber asesinado en el pueblo de Tórtola a un hombre anciano, llamado Tiburcio Camaraza, y a su esposa, por el afán de robarles cinco mil duros que tenían guardados.

El fiscal, Sr. Menéndez Pidal, retiró la acusación para todos los procesados. El acusador privado, Sr. Rodríguez Juan, no se conformó con la decisión fiscal y mantuvo por su parte la acusación contra todos ellos.

Luego de la prueba testifical y de los informes, el Jurado se retiró a deliberar, dictando un veredicto de culpabilidad para Eusebio Centeno y su hijo y de inculpabilidad para el otro procesado.

Eusebio Centeno, en vista de la decisión del Jurado, ha sido condenado a la pena de muerte, y su hijo a diez y nueve años, cuatro meses y un día de presidio.

## Los políticos mineros o los agiotistas políticos

Ha caído como una bomba en determinados círculos financieros nuestra reciente información acerca de los manejos políticos que realizan estos días las dos Empresas mineras que se disputan la hegemonía del Rif.

Al levantar el velo del misterio ha quedado en postura poco airoso—según el mismo dice—un elevado personaje de la situación, y parece que el Sr. Canalejas se muestra poco propicio a hacer el juego de la Compañía francesa, que es la que venía apretando más que un dolor.

Desemvolvando un viejo cliché periodístico, podríamos decir que «corren vientos de frontera» en el seno del Gabinete, con motivo del dichoso y desdichado asunto de las minas de Marruecos.

Parece, además, que al calor del negocio surgen cada día nuevos políticos de industria, o industriales políticos—como mejor suene y parezca—que han complicado extraordinariamente la cuestión. Ya no se habla sólo de Pérez Caballero, personaje a sueldo de aquellas Empresas; ni de García Aliz, ni de Romanones, etc., etc.; ya hasta la Embajada de España en París anda en lenguas, y el nombre del Sr. León y Castillo suena en la combinación político-minera a que el otro día nos referíamos.

¿Qué pasará? No ha de haber algún diputado con arreos que tire de la manta y deje al descubierto para siempre toda esta intriga vergonzosa?

## Salvajadas clericales y el gobierno liberal

Lo que dice y lo que calla Canalejas.  
Al recibir esta mañana el Sr. Canalejas a los periodistas, les manifestó que había leído con mucha atención los fondos de «El Liberal» de esta mañana y el que anoche publicaba El Radical.

«Si los hechos que en ambos se denuncian son ciertos—ha dicho el presidente—, me parecen verdaderamente monstruosos, y estoy dispuesto a que no queden impunes.»

«En mi poder obra un telegrama que me ha dirigido el Sr. Lerroux.»

«He dado traslado de dicho despacho al gobernador de Barcelona, para que abra una rigurosa información, a la vista de la cual resolveré en justicia.»

Bien está. Digna del mayor encomio nos parece esta actitud del Sr. Canalejas, y por su sana intención no hemos de regatearle el aplauso, pero...—triste es tener que tropezar siempre con estos «peros» desilusionantes—si la información se ha de encomendar a las autoridades que procesaron al doctor Queraltó y que no más tarde que ayer mismo denunciaban la convocatoria del mitin de protesta que en Barcelona debe celebrarse mañana, tenemos que toda la buena voluntad del presidente se estrelle en la interesada resistencia de aquellos encubridores y compinches del Patronato tuberculoso.

También observamos con pena y con sorpresa que el Sr. Canalejas no haya tenido una sola palabra de condenación para otro hecho salvaje del fanatismo cerril, denunciado también por la Prensa, y cometido por los curas de La Palma (Baleares), pisoteando, con motivo de la procesión del Corpus, la bandera española y las de otras naciones amigas, que fueron, a este objeto, arriadas de los Consulados respectivos.

Insistimos en la pregunta que ayer hacíamos: ¿cómo no se aplica en este caso la ley de Jurisdicciones?

Y terminamos con esta otra: ¿A qué obedece el mutismo de la prensa militarista, tan celosa siempre del honor de la bandera y tan indiferente ahora ante el ultraje clerical?

## RIPIOS VULGARES

«LOS HIJOS DE MADRID,

Así se llama otro libro de López Silva, el poeta de los castizos romances, de las frases pintorescas, recogidas del arroyo, del ríñon y la plazuela.

En impecables romances, hechos de mano maestra, con el ingenio por kilos y la gracia por espuelas, la musa de López Silva, siempre retozona y fresca, nos presenta tipos clásicos de la estrípe madrileña, que corren, entre donaires y «rimos» y cuchulletes, desde Laviapiés al Rastro, de Chamberí a la Pradera, siempre con su chula al brazo, siempre con la bota a cuestas.

El madrileño castizo, con su gorrita de seda y su pañuelo de nudo y el palasón en la diestra; nuestra imponderable chula, de imponderable cabeza, con su mantoncillo negro dibujando las caderas; el «golfo» que duerme al raso, y vive vendiendo «prensa» y recogiendo «colapas» en el café que se tercia; el obrero que discute política en la taberna y echa, entre dos «medios chicos», un piporé a Pablo Iglesias...

Este, lector, es el libro; en procesión pintoresca van pasando por sus páginas graciosísimas escenas, llenas de sal de la fina y de gracia de la buena.

Defectos? Sólo uno tiene; en sus páginas amenas no habla el autor de «desgracias», de «agostos», ni de «dibébulas», ni de «atardecidos verdes», ni de «mirares de seda»...

En «Los hijos de Madrid» no hay literatura de esa, por eso es más que probable que antes de semana y media no quede en las librerías ni un ejemplar... ¡Así sea!

Mingo Revulgo.

TEATRO LARA

## Debut de Novelli

Ayer hizo su presentación ante el público madrileño el notabilísimo artista italiano Ermete Novelli.

Después de la breve temporada de Zúrich, muchas personas han creído que quizá el debutador ahora podrá perjudicar a Novelli, pues las comparaciones son siempre odiosas.

Antes de levantarse el telón los comentarios eran muchos y animadísimo, suponiendo algunos que el ilustre Novelli había decido algo en su arte maravilloso por el natural desgaste físico. Anoche se convencieron esas personas de que Ermete Novelli sigue tan grande artista como hace varios años.

Para debutar escogió Novelli la tan conocida obra de Augier y Sandeau Papá Lebonnard, que debía estar mandada recoger por trasnochada, falsa y mediocre. Creemos que Novelli no debió presentarse con esta obra, que el gusto de nuestro público es diferente, y en arte teatral vamos al unísono con los demás públicos europeos, pudiendo codiciar legítimamente con los más selectos de Viena, París, Roma y Berlín.

De todas suertes, Novelli lució sus grandes facultades en dicha obra, como hizo en el gracioso monólogo Del teatro al baile. Los artistas que trae en su compañía Novelli son todos buenos actores.

Julia Echevarría.

## UNA NOCHE A REINAS

## Peripecias de dos periodistas. En busca de seis retratos.

En la redacción.

Nos lamentábamos en el despacho del director de la falta de asuntos periodísticos.

Santillán, a quien el mal de reuma le ha

—Servido... res— rectifica Javier.

—¿Qué se les ofrece?

—Ver a la señorita Josefa Sanz.

—¿Para qué?

Javier y yo nos miramos.

—Pregunte—repite—que para qué.

—Para hablarla, señor, para hablarla.

¿Para qué quiere usted que sea?

Nos franquea la puerta, al fin, el señor de la voz desagradable, y nos encontramos en un recibimiento amplio y bien amueblado.

El terrible guardia dice toscamente:

—Si vienen ustedes a cosa de los periódicos, me parece a mí...

—No venimos a eso.

—Entonces, ¿a qué vienen ustedes?

—Y dale, hombre, y dale! Si no está esa señorita, anunciemos a cualquier individuo de su familia.

—Que conste que yo no entro ni salgo; pero si es cosa de periódicos, me parece a mí...

Vase por el foro, y a poco, por el mismo lado, se siente crujir de seda.

—Húeme a señora bonita.

—A lo mismo me huele.

En el foro aparece una figura de señora. Viste coquetamente, calza zapato Luis XV, y del cuello pende una cinta negra, de seda, de la que cuelga una tijera grande.

Nos saluda en francés y la respondemos en castellano. Surge otra figura: la de una muchachita rubia y muy linda, que también saluda en francés.

Abren una mampara que hay a la derecha y pasamos a un gabinetito muy confortable.

La señora que «olimos» Javier y yo es tía de Pepita. Es una señora muy amable y muy «chica», que habla de todo y lo sabe todo y lo conoce todo. Va todos los años dos veces a París, y con los viajes y su natural elegancia ha logrado, según nos dice, hacer que adelgace Pepita y adquiera el mismo «chico» que su tía.

—Pepita es de Madrid, pero no lo parece—nos sigue diciendo su agradable tía, a ratos en español y a ratos en francés;—más bien se diría al verla que es americana.

—Ya digo yo, por decir algo.

La linda rubia nos habla de la mujer francesa, de su cara, de su busto, de su «chico», como dice la señora tía de Pepita,

Angela Muriñigo.

y Javier, que estalla por hablar, toma la palabra y la conversación adquiere cierto tinte escultural.

Hablamos del busto de la mujer francesa unos minutos antes de vestirse, y bajamos poco a poco, hasta que llegamos a los lindísimos pies de nuestras simpáticas vecinas allende los Pirineos.

Hemos recordado, con la imaginación se entiende, el cuerpo de la mujer francesa, y decidimos por unanimidad que es adorable.

A todo esto, el tiempo pasa y Pepita no viene. Nosotros estamos deseando ver a aquella madrileña a la americana, aunque ya estamos advertidos que el retrato no le tendremos, pues ya se lo ha negado a otros compañeros que nos precedieron con la misma pretensión.

Llega Pepita.

Por fin, se abre la mampara y aparece Pepita.

—¡Bien!

Yo no sé si es americana o china o japonesa; eso, allá su señora tía. Lo único que sé es que Pepita es una mujer alta, esbelta, muy elegante, muy desenvuelta y muy graciosa.

Nos saluda con mucho salero, y yo la «osculo».

Morenucha, de ojos grandes y despiertos, largas y sedosas pestañas, un poco chatilla y de boca grande y sensual, Pepita es digna de ser reina.

Da las gracias con mucha naturalidad a nuestros propios, y con mucha gracia nos pregunta el objeto de la visita.

—Pues abreviemos, Pepita; venimos por un retrato de usted.

—Nunca. Lo tenemos prohibido.

—¿Por el novio?

—Por la Junta del Círculo de la Unión Mercantil.

—Todo sea por la Junta.

—Pues no estropea usted la información—dice Javier.—No nos falta más que un retrato de usted...

—Ah, pero han dado el suyo las otras soberanas?

—Naturalmente.

—A verlos.

—Están ya en el fotograbado, lindísima amiga.

—Entonces es distinto. Yo no quiero estropearlos a ustedes nada. Habrá retrato de usted, Javier, porque pensaba

enterarme del domicilio de las otras reinas por boca de Pepita; pero comprenderán los lectores que cualquiera pregunta esto después de tal información.)

Se ilumina de pronto un salón, que oculta a medias una puerta entornada del saloncillo, y Pepita nos invita a pasar.

Viendo los trajes de las soberanas.

Es un bonito salón, que iluminan dos focos eléctricos. En él están expuestos los seis trajes de las reinas, confeccionados por las hábiles manos de nuestra linda madrileña, pulida por su tía.

Antonia Santos.

—Son ustedes los primeros en verlos.

—Perdón—dice Javier,—que se enteró en uno de los montos regios.

—Son preciosos—dijo.

Y, efectivamente, lo son.

Notamos que falta uno. Es el de la reina de las reinas, que se guarda en un armario.

La señora tía nos dice ahora en castellano que el vestido de su sobrina es superior al de las otras soberanas. La Junta de festejos dio poco dinero, y de su bolsillo particular, Pepita ha mejorado su traje real en calidad y adornos.

El trajejo les cuesta la friolera de 3.500 francos.

Menos mal que la Junta de festejos los deja en beneficio de las reinas, y es lo que dice la tía de Pepita:

—Ya aprovecharé yo los adornos y la tela.

Nos parece muy bien; pero ya lo sabemos las parroquianas.

Cómo son los trajes.

El de Pepita Sanz, reina de las reinas, es todo blanco, con pasamanería de seda.

El de Pilar Gil, azul «roi», sin pasamanería.

El de Fany Cuesta, rosa pálido. Idem idem.

El de María Fernández, lila, idem idem.

El de Nieves de la Torre, crema, idem idem.

El de Antonia Santos, verde, idem idem.

Y el de Angela García es de color fresco, como queriendo guardar al tiempo esa garra.

Lantera, pero tampoco tiene pasamanería.

En general, todos son vistosos, bonitos y primorosamente confeccionados.

Por Pepita sabemos que han recibido muchas visitas de varios compañeros, pero de quien más recuerda es de uno grueso, de regular estatura, bigote grande y un poco calvo. Tiene idea que la dijo ser redactor de «A B C», e intentamos averiguar el nombre.

—Es Pedro Mata—dice Javier.

—Es un muchacho que tiene muy buen tipo; ¿verdad?—agrego yo.

—Me parece que eso es su nombre, pero no tiene buen tipo... vamos, al menos para mí.

El amigo Mata no ha chocado a la reina de las reinas.

Pepita no cuenta más que veintitrés años; su tía nos dice que es soltera y d

Pilar Gil.



Madrid, aunque ésta pareciera americana. Sabemos, aunque no nos lo dice, que tiene novio y piensa divertirse de lo lindo—cosa muy natural—durante estas fiestas.

Después que elegimos de seis o siete retratos uno, hago yo como que se han perdido unos papeles, y exclamo muy triste:

—He perdido las señas de una de las reinas!

—¿De cuál?

—Pues no lo sé. Si usted me fuera diciendo nombres, recordaría, pero así...

Y Pepita va dando nombres, y a cada uno Javier dice:

Bien, si; esa vive en la calle de Toledo, ó del Carmen, ó de la Cebada...

Y a cada nombre iba aplicando una calle, que Pepita rectificaba, naturalmente, pues no acertaba con una por casualidad.

Conseguidos nuestros propósitos, salimos del establecimiento de vestidos de madame Pepita, como se anuncia en sus balcones, con su «robo» correspondiente, prometiendo no decir nada de cuanto allí se había.

La verdad es que no lo hemos cumplido, pero los lectores lo agradecerán.

#### En un cafetín.

Hija del dueño del cafetín de la calle de Santa Bárbara, es la reina María Fernández.

El muchacho del cafetín nos dice que la reina, con toda su real familia, vive en el principal de la casa núm. 1 de la calle citada.

Llamamos a la puerta, y nos franquea la entrada una simpática maritornes, que al vernos nos espeta:

—¿Ustedes vienen a ver a la reina.

—Muy cierto; en calidad de cortesanos venimos.

Y mientras las maritornes hacía las veces de embajadora y nos anunciaba, nos fijamos en el retrato de una mesa que existe en el recibimiento, hay dos perros y un gato, que nos miran con gran curiosidad. Las paredes, admirablemente adornadas con candelas de leche, no dejan ver el color del papel. Se siente freír aceite, y el humo le hace toser a Javier.

—¿Diablos! ¿Qué freírán?

Vemos a la reina, que es alta y hermosa, más que bonita.

Nos saludan afablemente y nos conducen a un gabinete.

Una señora gruesa surge a poco, después un niño, después una niña, otro niño y un gato.

La señora gruesa disculpa a su esposo, ó sea al padre de la reina, que estuvo toda la tarde dedicado a la carpintería en una casita que poseen en la Prosperidad, y por último aparece, acompañado de otro niño, el dueño de la casa.

Es muy amable, y empieza por darnos un pitillo de 60.

No tiene inconveniente alguno en proporcionarnos el retrato de su hija, puesto que la reina de las reinas nos entregó el suyo.

Luego nos dice que todas las reinas ensayan en su casa el recogerse la cola de los mantos reales, y dan lecciones de rigidez, para que salga ajustado el que han de bailar en el Circolo.

Aquí sabemos que la tía de Pepita nos engañó al decirnos que su sobrina es soltera.

Nosotros lo sentimos mucho, adorable señora, pero la verdad nos obliga.

La lindísima Pepita es viuda.

Cierto que la esposa del dueño del cafetín se arrepintió después de su declaración, y hasta dijo que habíamos sido indiscretos, pero de indiscreciones vive el hombre periodista.

#### En la Plaza Mayor.

Ángela Murillo se llama esta reina, que habita en una casa de la Plaza Mayor.

Su señor padre, que por cierto tenía visita, nos hace un cordial recibimiento, y eso que eran las once de la noche.

Decimos lo que nos lleva a su casa, y cortésmente nos manifiesta que su hija ha concurrido al concurso por condesar con su amigo el Sr. González, un joyero de la calle de la Montera, que la presentó.

Sin necesidad de hacer historia, este caballero nos da gustoso el retrato de su hija.

La chiquilla es preciosa; palabra de honor, ¡qué ojales! ¡Qué morena más bonita!

Quisieron nombrarla reina de las reinas, y el padre se opuso terminantemente.

Es comerciante de gran prestigio.

Con la misma cortesía que nos recibió nos acompañó hasta la puerta el padre de esta reina de lo bonito, y nos retiramos en busca de otro palacio.

Esta señorita es madecina y no cuenta, más que diez y seis años.

Es la más joven de las reinas.

El fotógrafo Amador.

Llegamos a la Puerta del Sol. Bajamos del coche y entramos en el portal número 7.

—Portero!—grita Moyrón.

—Por Dios, hombre!—le digo;—no chilles tanto, que nos van a echar.

Sale el portero, un viejo con patillas canas y un uniforme muy raído y nos prepara el ascensor. Una vez dentro de aquella especie de jaula, Moyrón es presa de un gran pánico, y casi lívido me dice:

—Mira que si esto se hundiese!

Pasan ante nosotros, ó mejor dicho, nosotros pasamos por el primero, el segundo, el tercero, hasta el séptimo piso.

Llamamos a una puerta de cristales que ostenta el letrero «Fotografía». Cuando esperamos que se nos franquease aquella puerta, allá en el fondo de un pasillo se abre otra puertecita y aparece una señora vestida de luto y un niño con ojos saltones que nos mira muy asustado.

—¿Qué deseaban ustedes?

—Venimos a ver a la señorita Fany Cuesta, que ha sido elegida reina para los festejos.

La Srta. Fany que aparecía por el fondo del pasillo, al oír su nombre huye desparpavada.

La señora de luto nos hace pasar a un cuarto en el que hay unos trastos viejos arrinconados, y nos dice:

—Mi esposo iba a acostarse, porque se siente malucho. Acaba de tomarse una taza de flor de malva. Esperen ustedes.

Se va la señora, se queda el niño de los ojos saltones, y al cabo de un momento viene un señor flaco, con barbas rubias muy lacias y con cara de sufrir una enfermedad al estómago. Nos hace pasar al escritorio de la fotografía. Vuelven a interrogarnos acerca del objeto de nuestra visita, y cuando le pedimos un retrato, el señor de la barba rubia desaparece. Mientras regresa, nos entretenemos mirando unos retratos y vemos entre ellos a la Srta. Fons, embarazada, frente al Sr. Instia, que se sujeta la cabeza con una mano, como si le pesase mucho.

Vuelve el señor triste arrastrando las patillas y nos dice sonriente:

—En casa del herrero, cuchillo de palo.

Con esta frase quiere decirnos que sien-

do fotografía no encuentra fotografía de su niña.

—¿Están ustedes mirando las fotografías?—nos dice.—Ya ven ustedes; la Fons no quería que se la viese la tripa, y este retrato está hecho dos días antes de parir.

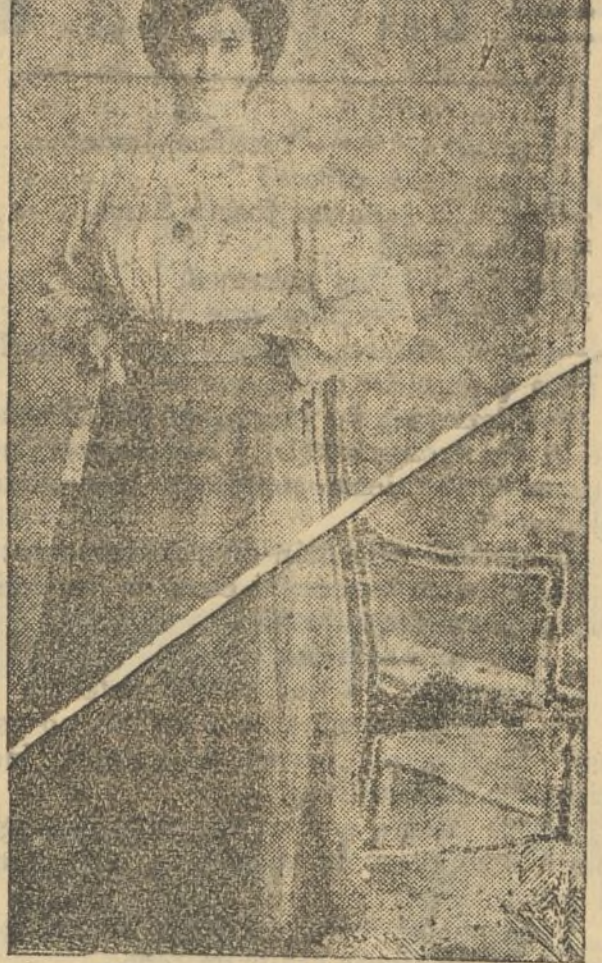
Vuelve a marcharse el señor de la barba rubia, y al volver viene cubierto con un sombrero «frégoli».

—Ya he encontrado la fotografía, pero no la puedo dar. Antes he de consultar con la Junta directiva del Circolo Mercantil.

Si la Junta me dice que la dé, la doy, y si no, no. Yo soy muy formal y no quiero que se diga que...

—Pero si el señor González el joyero no tiene inconveniente en darlo—le dice Moyrón.

—Ah! el Sr. González no sabe nada de lo que yo sé.



Nieves de la Torre.

lo que yo sé. El Sr. González no sabe lo que opina la Junta directiva. Vamos a hacer una cosa. Yo voy ahora al Circolo, casualito con la Junta, y si me autorizan, yo dejaré al portero el retrato y ustedes no tienen más que venir por él.

—Bien—dice Moyrón,—y no podríamos ver a la niña?

—Sí, señor—contesta la madre muy orgullosa.—Y luego grita: Fany, ven, que te ven estos señores.

Vino Fany vestida de gris. Fany es una niña de diez y ocho años. Tiene el pelo fosco, es muy morena, lleva la falda corta y parece muy tímida.

—¿Cómo están ustedes?—nos dice mientras la madre observa nuestros rostros, queriendo adivinar la impresión que nos produce la niña.

Nosotros contestamos al saludo y añadimos unos cuantos piropos. Por primera vez sonríe el padre, y luego lanza un suspiro, como si quisiera decirnos: ¡Si supiera ustedes las docenas de americanas que me cuesta este pimpollo!

Nos despedimos de la madre y de la hija y bajamos con el papá. En el portal, el señor de las barbas rubias le dice al portero:

—Señor Juan; si yo le doy a usted un retrato de mi niña se lo da usted a estos señores, y si no se lo doy, pues usted no se lo da.

—Naturalmente—refunfuña el portero. El señor triste se lanza hacia el Circolo, y nosotros nos metemos nuevamente en el coche.

Cuando volvíamos, una hora después, el portero nos dijo que la Junta no permitía que nos diera el retrato.

Calle de la Paz, número 15, tienda de muebles.

Llegamos a esta casa. El portón, muy viejo, está cerrado y aporreamos con el albadillo, escandalizando a la vecindad. Son las once de la noche. Al cabo de un rato baja una criada, y la puerta gira sobre sus goznes.

—Desdébamos ver a la señorita Antonia Santos.

—No está; ha salido con su cuñado.

—No hay nadie en casa?

—Sí, señor; está su hermanita. Pasen ustedes.

Desde el portal hasta el primer piso todo está lleno de aparadores, lavabos, mesas de noche, percheros, camas, armarios de luna y toda clase de muebles. En una habitación, ante una mesa ministro, encontramos a la hermanita de la reina. Nosotros, que al decirnos «hermanita» creíamos encontrarnos con una niña de seis años, quedamos sorprendidos al ver a una señora que en estatura y carnes puede competir con Joaquín Pino.

Se levanta la hermanita y nos dice:

—Vienen ustedes por lo de la reina. ¡Ay, tengo un dolor de cabeza que no puedo tenerme! ¡Ay, ay!

—Señora, sentimos tanto...

Y sin permitirnos acabar nuestra frase coge un retrato de la reina y nos lo entrega, diciéndonos:

—Ahí está muy mal; ella es mucho más guapa. ¡Ay, ay, cómo me duele la cabeza!

Nos despedimos y abandonamos el comedor de la casa, en el que hay cuatro aparadores, dos mesas, una cómoda, tres armarios de luna y cinco lavabos. Al salir dice Moyrón:

—¿Qué bien amueblada está esta casa!

Calle de la Sierpe, núm. 6, establecimiento de un veterinario.

La calle de la Sierpe está en la de Toledo, cerca de la Puenteilla. Es una calle muy estrecha y muy poco alumbrada. Después de recorrerla toda, encontramos un letrero que dice: Arroyo—Veterinario.

La portera nos dice que el Sr. Arroyo vive en el piso principal, y Moyrón toma escaleras arriba. Yo le sigo.

Cuando llamamos nos abre una mujer pequeña y muy flaca. Nos pasa a un comedorcito y al exponerle el objeto de nuestra visita nos dice con voz muy lastimera:

—No saben ustedes cuánto lo siento! No puedo complacerles. Mi hermana y mi cuñado están en el Coliseo Imperial, y los retratos de mi sobrina los tiene mi hermana guardados y yo no tengo las llaves.

—¿...?

—Sí, están en el Coliseo Imperial. Yo me quedo aquí muy entretenida leyendo el «Heraldo», que me lo compran todas las noches para que me distraiga. Vayan ustedes al Coliseo y pregunten por Arroyo.

—¿...?

—Ya lo creo! Arroyo, ¿quién no conoce a Arroyo en el Coliseo Imperial?

Abandonamos aquella casa y, previa liberación, nos encaminamos en busca de

la otra reina, la Srta. Pilar Cid, que vive en la calle de Segovia, núm. 13, cacharrería.

Un retrato de primera comunión.

Golpeamos la puerta de la cacharrería, en donde vemos un gran letrero que dice: «Mineral». Se abre un balconcillo y una voz femenina pregunta:

—¿Quién es?

—Servidores.

—¿Vaya unas horas!—replicó la voz.

—Señoritos, yo me voy un poco más abajo, porque van a tirar un jarro de agua—dice el cochero.

Suena un cerrojo, después una palanca de hierro, luego una cerradura y después otro cerrojo, un candado, otra cerradura y varias palancas. Al abrirse la puerta aparecen una señora de luto y otra muchacha, también vestida de negro, que nos invitan a pasar.

Una vez en la tienda, que está llena de botijos, pucheros y toda clase de vasijas, dice la señora de luto:

—¿Qué susto me han dado ustedes! Un coche a estas horas y esos porrazos en la puerta, me dije, ¿es que mi hermana se ha puesto mala?

—Tranquícese, señora—dice Moyrón. Y le explica el objeto de nuestra visita a aquellas señoras.

—¡Ay, Dios mío! Pero si no tenemos otro retrato más que uno de cuando tenía la niña siete años, que está con un aro.

—Pues ese mismo...

—No, señor, no puede ser; está muy cambiada mi niña.

—Ya lo suponemos, pero...

—Nada, no, señor, no puede ser...

—Como no quieren ustedes otro de la primera comunión—interrumpió la hermana de Pilar.

—Muy bien, si, señora; nosotros queremos a las reinas en su intimidad.

Mientras la hermana de la reina sube en busca del retrato, la madre nos dice:

—Yo no quería que mi niña se metiese en estos trotes; pero vino un amigo y dijo: «Yo no presento más que a Pilar, y si me la rechazan, pues no presento a otra. Y saben ustedes, pues no se la rechazaron».

Bajan el marco con el retrato, le sacan, después de arrancar los clavos, y nos lo entregan.

—¿No podríamos ver a Pilarcita?—preguntamos.

Se presenta Pilarcita, que es una muchacha rubia, espiada y bonita.

—¿Cómo están ustedes?

—¿Han visto ustedes los trajes? Los zapatos de las damas jóvenes están expuestos. Los míos no los han terminado, pero creo que los estarán mañana.

Nada más nos dijo la reina. La madre, al marcharnos, nos dice:

—¿Qué susto! Un coche a estas horas y tales porrazos en la puerta, creí que mi hermana se había puesto enferma.

En el Coliseo Imperial.—El Sr. Arroyo?

Para el coche ante el Coliseo Imperial, y preguntamos a un portero.

—¿Conoce usted al Sr. Arroyo?

—Sí, señor.

—Pues pásese usted recado de que aquí le aguardan para un asunto muy urgente.

El portero se abre paso a codazos, y a poco viene con el Sr. Arroyo. El Sr. Arroyo es un señor bajito, gordo y veterinario. Cuando nos ve, pregunta:

—¿Hay alguien enfermo?

—No, señor, no me apresuro a responderle, y le digo lo que nos ha pasado en la casa en donde hemos visto a su cuñada.

—Sí, señores, con mucho gusto; pero ahora no puedo, porque mi señora está en la primera fila, y como hay tanta gente, no puede salir. Vayan ustedes luego a casa, y se lo daremos.

Quedamos conformes en ir luego a recoger el retrato, y nos despedimos.

Son las doce y aun no hemos comido, porque no tuvimos tiempo. En «Los Gabrieles» comimos opíparamente, y después del café, fuimos de nuevo al Coliseo Imperial, en busca del Sr. Arroyo y de su distinguida familia.

Estaban en el cuarto acto del drama de D. José Echegaray «Mancha que limpia». Habían llegado a la escena que tiene lugar en todos los dramas del Sr. Echegaray. El protagonista tiene una carta en la mano. Si que nadie se explique el por qué, no quiere leerla, y ocurren cosas terribles; pero es que si la leyera, no habría drama!

Una señora que está a mi lado murmura muy excitada:

—¿Dios mío, que la lea!

Por fin termina el acto y sale el Sr. Arroyo con su familia, que se compone de su señora, una niña, un niño y la reina, Nieves de la Torre y González. Como nosotros tenemos un coche, invitamos a las señoras a que suban a él; pero ellas se niegan, y todos juntos emprendemos el camino a pie hacia la calle de la Sierpe. Moyrón se pone a conversar con la reina y yo hablo con el Sr. Arroyo.

Al llegar a la casa, y cuando subíamos al piso, se oye un rebuzno sonoro.

—Es el burro que nos ha sentido—dice la señora de Arroyo.

Una vez dentro de la casa, nos pasan al despacho del veterinario, y éste ocupa el sillón que, sin duda, considera el puesto que debe ocupar el amo de la casa. Su señora revuelve el armario de luna buscando el retrato que solicitábamos. Mientras, observo que la habitación tiene cubiertas las paredes con láminas de caballos, vacas, cerdos, perros y otros inofensivos animales.

El Sr. Arroyo nos dice:

—Creo que les darán una recepción en el Ayuntamiento, y como yo no quiero que mi niña haga un mal papel, y como creo que bailarán un rigodón, dije digo: Pues María Fernández, la hija del buñolero, que sabe bailar, porque sus padres tuvieron gusto en ello, la enseñará, aunque no sea más que los primeros pasos.

Nieves es morena, alta, madrecita y muy simpática.

El Sr. Arroyo se cree obligado a hacer una declaración.

—Nieves no es hija mía, es hija de mi señora, que era viuda cuando se casó conmigo. Por eso su apellido es de la Torre, aunque yo me llamo Arroyo. Arroyos son estos dos pequeños.

Nos despedimos del Sr. Arroyo y de su familia. El Sr. Arroyo baja con una vela a abrirnos la puerta, y el burro lanza otro rebuzno más fuerte que el primero en señal de despedida.

Atentado contra un príncipe

POR TELEGRAMA

BERLIN, 4. Al pasar el príncipe de Lippe, en automóvil, en compañía de su hermano Julio, niño de corta edad, fué apedreado por un grupo de obreros italianos, saliendo ileso.

El príncipe Julio está herido en la cabeza.

REPUBLICANOS Y SOCIALISTAS

El mitin de mañana

Se celebrará, como ya ayer anunciábamos, a las diez y media de la mañana en el Frontón Central (calle de Tetuán), con asistencia de los diputados republicanos por Madrid, de todos los diputados electos que se encuentran en la corte, los concejales, ayuntamientos provinciales y organismos directivos de los partidos y agrupaciones que integran la Alianza republicano-socialista.

La entrada en la cancha es pública. Únicamente quedarán reservados los palcos para los correligionarios de Asturias, Andalucía, Valencia y la Mancha, que llegan mañana, expresamente para asistir a este grandioso acto.

La tribuna presidencial estará asimismo reservada a los diputados y senadores, candidatos de los partidos, minorías del Ayuntamiento y de la Diputación, representantes de los organismos republicanos y socialistas y directores de la prensa de estos partidos.

En la imposibilidad de que hagan uso de la palabra todos los candidatos de los partidos, la Comisión organizadora, usando del amplio voto de confianza que le han conferido las entidades que han manifestado su conformidad con la celebración de tan importante acto político, ha convenido la siguiente lista de oradores, permitiendo recomendar la mayor concisión, en primer término, por el superior interés que despertará los discursos de Pablo Iglesias y Melquíades Álvarez, que constituyen, respectivamente, la extrema izquierda y la extrema derecha de la Concentración socialista republicana, y, además, por haber contraído el compromiso de que a la una de la tarde quedará despedido el Frontón y desmontada la tribuna y el amplio teatro, para que puedan oírse mejor los discursos, construirá gratuitamente el ex concejal madrileño y candidato por Béjar D. Luis Casanueva.

En representación de las minorías socialista y republicana del Ayuntamiento, el presidente de la segunda, D. Manuel Ramos, por los candidatos despojados: D. Luis Ballesteros, de Carmona; D. Luis de Tapia, de Córdoba; Morón, de Jaén; D. Juan Casanueva, de Béjar; D. Carlos Barahona, de Yecla; D. Darío Pérez, de Calatrada; D. Eduardo F. del Pozo, de Jaén y Gerona; D. Joaquín Dicenta, de Huelva, y D. Tomás Romero, de Quintanar de la Orden.

El ilustre Roberto Castrovido, director de «El País», llevará la voz de la prensa republicana. Después de los citados oradores hablará Pablo Iglesias a nombre del Comité Ejecutivo de la Concentración socialista republicana, y cerrará los discursos Melquíades Álvarez, en representación de las minorías parlamentarias.

Tiene por objeto este grandioso mitin la protesta por los atropellos y vejámenes electorales que han sido víctimas los candidatos republicanos en casi todos los distritos rurales de España, la afirmación de la solidaridad fraternal que los republicanos de Madrid con los de provincias, la ratificación rotunda de la Alianza republicano-socialista, y la revista solemne de las fuerzas populares en vísperas de la gran batalla a que nos obliga el clericalismo rector y agresivo.

Adheridos al acto todos los partidos, agrupaciones, jefes y prohombres que forman en las filas de la izquierda antidinástica, las masas republicanas y socialistas sabrán dar mañana gala de una muestra de su vitalidad, de sus entusiasmos y de su admirable capacidad para el ejercicio del derecho y el disfrute de todas las libertades.

Provincias

Riña sangrienta.—Joven desaparecida.

SAN SEBASTIÁN, 4. En una herriera del barrio de Alza riñeron anoche, a las once, Nicolás Casales y Pedro Elain. Este se halla en estado gravísimo a causa de una herida que le infirió su contrario, quien después huyó.

—Comunican de Zaráez que ha desaparecido la joven de diez y ocho años Pilar Villares con Cesáreo de Miguel, de veinticinco, ignorándose el paradero de ambos.

Huelga de albañiles.

PALMA DE MALLOCA, 4. Unos albañiles de Felanitx se han declarado en huelga, siguiendo los demás trabajadores.

Para evitar coacciones está vigilando la Guardia civil.

La Sociedad de Salvamento de Náuragos.

TORTOSA, 4. Mañana es esperado el presidente de la Comisión ejecutiva de la Sociedad Española de Salvamento, que saldrá con el inspector de la Junta local para la boca del Ebro, a bordo del Ciudad de Tortosa, con objeto de instalar una caseta y material de salvamento.

Huelga minera.

ALMERÍA, 4. Comunican de Cuevas que en el distrito minero de Almagrera se declararon en huelga 350 operarios por exigir los patronos que bajaran a los pozos por el escalado y no queriendo hacerlo ellos sino por medio de las jaulas. En vista de la actitud de los obreros, el gerente de la Sociedad explotadora de las minas ordenó el paro completo en las minas, quedando sin trabajo 2.000 operarios. Estos guardan una actitud pacífica.

EN EL SUPREMO

El Tribunal de actas

La de Granada.

El Sr. Sol y Ortega subió ayer nuevamente a los estrados de la Sala del Supremo para impugnar las actas de la circunscripción de Granada.

Después de demostrar el arraigo que tiene D. Leonardo Ortega en aquella circunscripción, se ocupó de las elecciones en la capital y en algunos pueblos.

resultaron: D. Leonardo Ortega, republicano, 5.551 votos; el Sr. Rodríguez Arce, conservador, 4.143; el Sr. La Chica, liberal, 3.624, y el conde de Guadiana, demócrata, 1.736.

Entre D. Leonardo Ortega y el conde de Guadiana mediaba una diferencia de 4.195 votos en favor del primero, 2.327 sobre el otro liberal y 1.808 sobre el conservador.

La elección que se proyecta a favor del Sr. Ortega al conocer el resultado de la elección, pero vienen los pueblos y todo cambia. Los pliegos certificados con las actas de los escrutinios parciales llegan con mucho retraso y los llevan propios a mano. No se utiliza el correo. Todo es indicio de pucherazo. Pero por si no basta el indicio, el Sr. Sol y Ortega expone pruebas. En Albolote, donde no hubo elección, según la noticia, tuvo el con







